

EL ALMA DE CHILE Y EL FUTURO DE NUESTRA CONVIVENCIA

Cardenal Francisco Javier Errázuriz

I Parte

En el salón de honor del ex Congreso Nacional se realizó el 16 de abril el seminario "El Alma de Chile. Un Proyecto de Futuro en el Cambio Cultural", actividad con la cual se recordó el V aniversario del fallecimiento del Cardenal Raúl Silva Henríquez.

El encuentro reunió a diversos actores de la sociedad, quienes expusieron sus reflexiones en torno al histórico texto del Cardenal, "El Alma de Chile", a 30 años de haber sido leído por primera vez por el sacerdote en el Te Deum ecuménico del 18 de septiembre de 1974, cuyo texto Vínculo publicó íntegramente en la edición anterior, como Documento de Trabajo.

La ceremonia estuvo encabezada por el Cardenal Arzobispo de Santiago, Monseñor Francisco Javier Errázuriz y por el Obispo Auxiliar de Santiago y presidente de la Fundación Cardenal Raúl Silva Henríquez, Monseñor Ricardo Ezzati, quienes destacaron la labor del recordado Cardenal.

El Arzobispo de Santiago, monseñor Francisco Javier *Errázuriz*, en su intervención -que publicamos ahora como un nuevo Documento de Trabajo- destacó la figura del Cardenal Silva Henríquez como un Pastor que ha marcado con su ministerio la vida de su pueblo. Añadió que se situó justo en el momento en que Chile vivía un profundo desencuentro y su futuro se veía incierto.

Monseñor Errázuriz recordó los tres pilares fundamentales del texto "El Alma de Chile", en que destacan el primado de la libertad, sobre toda forma de opresión; el primado del derecho, sobre toda forma de arbitrariedad y anarquía; y el primado de la Fe, sobre toda forma de idolatría.

"Todo tiene su momento y cada cosa tiene su tiempo bajo el cielo:

Tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de arrancar y tiempo de plantar;

Tiempo de llorar y tiempo de reír, tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar;

Tiempo de tirar piedras y tiempo de recogerlas, tiempo de abrazarse y tiempo de separarse;

Tiempo de buscar y tiempo de perder, tiempo de guardar y tiempo de arrojar..."

(Eclo 3, 1-7)

Y a las palabras del texto inspirado, pensando en el porvenir, me atrevería a añadir,

Hay tiempo de hacer memoria y tiempo de proyectarla.

Hoy nos reunimos a hacer memoria de un Pastor que ha marcado con su ministerio la vida de su pueblo. Y hacer memoria no es sólo recordar, reuniendo los fragmentos de una historia en torno al corazón. Hacer memoria es tomar la historia entre las manos para proyectarla hacia el futuro. Es mirar con gratitud el acontecer de una persona, de un pueblo, de una historia, y ver de qué manera en este acontecer Dios, el Alfarero y Señor, ya estaba modelando el futuro. Esto es precisamente lo que quisiéramos hacer al conmemorar el V aniversario de la pascua del Cardenal Raúl Silva Henríquez, tomando respetuosamente en nuestras manos -entre los muchos legados de su historia- lo que él aportó, con proyección de futuro, con su vida y su palabra, al "alma de Chile" en momentos muy complejos de la historia patria.

I.- Dos desencuentros históricos: Profundo había sido el desencuentro.

Muy doloroso el desgarró. Cada cual esgrimía sus razones beligerantes para justificar sus acciones, y el futuro se veía muy incierto. Entonces suscitó el Señor en medio de su pueblo a un pastor con espíritu profético que fue capaz de evocar, de modo convincente, el alma de Chile¹, llamando a todos sus hijos y sus hijas, a converger hacia el punto en que podíamos retomar nuestro camino. Según su parecer, éstos eran los primados que se habían forjado con tenacidad en nuestra patria: *"El primado de la libertad sobre todas las formas de opresión; el primado del orden jurídico sobre todas las formas de anarquía y arbitrariedad; el primado de la fe sobre todas las formas de idolatría"*². Y, al enunciar estos primados que, en conjunto, dan cuenta del alma de Chile, formulaba una grave advertencia: *"los pueblos que enajenan su tradición y, por manía imitativa, violencia impositiva, imperdonable negligencia o apatía, toleran que se les arrebató el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y, finalmente, su independencia ideológica, económica y política"*³

Es posible que el mismo Cardenal no fuera consciente en ese momento, en la Catedral de Santiago, de que sus palabras estaban tan cargadas de sentido. De hecho, no encontraron mucho eco cuando fueron pronunciadas por primera vez en el Te Deum de 1974. Es posible que él fuera el primer sorprendido al ver que, con el pasar del tiempo, este mensaje suscitara tanta convergencia y fuese citado con tal reverencia. Sin embargo, la ruta estaba trazada y no sobre un mapa caminero, sino en la memoria y en los proyectos de muchos chilenos, que guardan lo más noble de nuestra historia.

Hoy nos encontramos en otra coyuntura, con otras formas de desencuentro y hasta de beligerancia, de nuevas imposiciones y negligencias, que ponen en juego -una vez más- los atributos más característicos del alma de Chile. Los tiempos han cambiado, la vida se abre a nuevos horizontes y formamos parte más activa del concierto de los pueblos. No podemos sustraernos al clamor de la guerra ni a los efectos de la economía de mercado. No somos ajenos a las esperanzas de la humanidad como tampoco al desconcierto que siembran nuevas visiones que emergen, condenando tradiciones y conmocionando todos los campos de la vida. No somos víctimas, ni sólo espectadores. Sobre todo somos protagonistas de esta nueva era de la historia. Sin embargo, es fácil dejarse arrastrar por la marea de los tiempos, olvidando que "nosotros somos el tiempo", como diría San Agustín. Y que nosotros -por lo tanto, cada uno de nosotros- podemos gestar una cultura nueva, dando significado nuevo a los símbolos y valores permanentes y aportando a cuanto es nuevo lo que más amamos y creemos. Así podremos gestar con otros una cultura para los tiempos nuevos, que sea fiel al alma de Chile y no simplemente el fruto de valores o antivalores que sin discernimiento se aceptan o rechazan.

II. La vigencia del mensaje

En este contexto surge de inmediato una pregunta: ¿Mantiene su vigencia, treinta años después de ese memorable Te Deum, la descripción que nos entregó don Raúl del núcleo más profundo y dinámico de nuestra identidad cultural, del "alma de Chile"?

¹ "El alma de Chile" fue la homilía que el Cardenal Silva pronunció en la Iglesia Catedral el 18 de Septiembre de 1974, a un año del Régimen Militar. Posteriormente, el 18 de Septiembre de 1981 retoma las ideas matrices citando su propia homilía de 1974. Finalmente, fue el texto que ofreció en un Seminario organizado por CIEPLAN y el Kellogg Institute de la Universidad de Notre Dame, que se efectuó en las dependencias del Colegio Saint George, el 7 de Marzo de 1986. La enumeración de los párrafos la tomamos del último texto de 1986.

² Op cit. 17, 25 y 38.

³ Op cit. 11.

Tomemos **un ejemplo**. Examinemos, sólo desde una perspectiva, **el primado de la libertad** sobre todas las formas de opresión. Su noción de libertad, acuñada en la cosmovisión cristiana, ¿coincide con aquello que hoy se inculca como libertad? La suya era el don que Dios le confió a su criatura, al ser humano, y a cada pueblo soberano, para buscar la verdad, para optar por el bien, para construir juntos una nación de hermanos, para caminar hacia la felicidad. ¿En qué se asemeja esta noción cristiana al discurso que hemos escuchado recientemente acerca de la libertad, como argumento decisivo para eliminar en nuestra legislación el matrimonio para toda la vida? Se nos decía que el hombre y la mujer no pueden optar por algo o por alguien para siempre, porque con ello perderían la libertad de optar más adelante de manera diferente. Así chocan frontalmente dos nociones de libertad. Unos la quieren lejos de todo compromiso definitivo, para poder alternar opciones. Nosotros queremos optar para siempre. Para siempre, por Dios y por todo lo que es suyo. Para siempre, por la verdad, por el amor, por la fidelidad y por el cielo, también por las instituciones que Dios nos ha regalado y que son anteriores al Estado, por ejemplo, por el matrimonio. Ellas expresan su bondad y su sabiduría en vista de nuestra felicidad.

¿Qué ha ocurrido? ¿A qué se debe un cambio tan incisivo? Los tiempos han cambiado. **Hemos ingresado a la modernidad**. Ya no somos ese país en el extremo del mundo occidental, celosamente cuidado por su océano y su cordillera. Vivimos en este mundo interconectado, cuyos medios de transporte y de comunicación han facilitado el intercambio veloz de toda suerte de bienes. Se han acortado los tiempos y las distancias. Tanta cercanía abre horizontes y está colmada de oportunidades. Pero por ahora no es sinónimo ni de igualdad, ni de dialogo, ni de fraternidad. Entre otras cosas, el mundo globalizado también es un mercado universal, en el cual se ofrecen y se transfieren conocimientos y se exportan e importan bienes materiales y culturales. No son iguales los que participan en este intercambio. Con razón se ha dicho que este modelo de globalización es asimétrico. No sólo la económica; también la cultural. Los términos del intercambio no son justos. Muchas veces prima el bien y la cosmovisión del más fuerte. Y en esta situación los pueblos de poca identidad cultural están amenazados. Sus costumbres y sus ideas pueden ser suplantadas por otras costumbres e ideas que los invaden, produciéndose una verdadera colonización cultural. En este caso, la cultura que nos invade contiene muchos elementos decadentes del mundo occidental post-cristiano. Así lo hemos visto con el concepto de libertad.

Por eso, **la intuición del Cardenal Silva Henríquez tiene más vigencia que nunca**. "El alma de Chile" es un bien amenazado. La idea de libertad, tan querido por nosotros, tan propia de nuestra alma, está siendo erosionada por concepciones arbitrarias, anárquicas; para convertirla en una libertad que no respeta compromisos, que no conoce fidelidades, cuya irreverencia y cuyas falsedades se pasan a llevar a personas e instituciones.

Si un país quiere mantener su identidad cultural, si no quiere perder su alma, debe apreciarla y fortalecerla, alimentar sus raíces, renovar su savia interior, y responder a los desafíos del intercambio cultural con personalidad, sin dejarse avasallar ni por los slogan, ni por los dogmas de la modernidad. Acogerá ciertas ofertas y rechazará otras, simplemente por ser compatibles o incompatibles con su historia y sus valores. Y deberá cultivar esas exportaciones no tradicionales que son los bienes de su cultura: sus investigaciones, sus estudios, sus valores, sus obras de artesanía, de arte y de literatura, sus grandes hombres y mujeres que parten para contribuir a la grandeza de otros pueblos, también sus misioneros y sus santos. En un cambio de época como el nuestro, los pueblos o son fermento del cambio cultural o son sus víctimas. Sólo los pueblos cuya alma es fuerte, sana, noble y generosa, son capaces, en tales circunstancias, de modelar las culturas del mañana.

Pocos días atrás, al celebrar la Autonomía de la Universidad Alberto Hurtado, el P. Fernando Montes, apuntaba hacia el aporte original que podemos hacer, desde nuestra geografía, a la cultura de este mundo globalizado: *"Tengo la impresión que en esta hora de violencia en un mundo dividido entre ricos y pobres, de globalizaciones impuestas, nuestro continente, lejano del centro del poder, tiene mucho que decir. América Latina, por su composición étnica, por ser un sitio como pocos de entrecruzamiento de culturas, por ser un lugar donde se ha llorado a profusión puede dar una lección de humanidad si accede al progreso sin perder su hondura espiritual y su tradición. No podemos limitarnos a maldecir la historia dramática vivida en las últimas décadas. Ese dolor le pertenece al mundo y hay que estudiarlo, reconocerlo, encontrar sus raíces para que no vuelva a repetirse. ¡Qué tarea tan magnífica y tan desafiante: enseñar al hombre a ser hombre sin abjurar del progreso de las ciencias! Para nosotros el futuro no consiste sólo en más técnica, ni en una mejor economía sino en mayor humanidad. Sin renunciar al progreso técnico, buscando con ahínco el progreso económico, aquí podemos pensar el humanismo desde el otro extremo, desde la humanidad, la sencillez, la solidaridad y la poesía"*⁴.

Las palabras del Rector de la Universidad plantean una condición "sine qua non", una condición indispensable. Piensa que "América Latina... puede dar una lección de humanidad, si accede al progreso sin perder su hondura espiritual y su tradición". Así podrá "enseñar al hombre a ser hombre". Don Raúl diría: Si accede al progreso sin perder su alma.

III. En este cruce de caminos, la vigencia del tercer primado

En este contexto **adquiere una vigencia mayor y más amplia el tercer primado** que señalaba el Cardenal: "El primado de la fe sobre todas las formas de idolatrías". Y quisiera, desde ya, señalar una forma virulenta de idolatría que ha aparecido nuevamente: creer que el Absoluto que debe ser adorado es el mundo sin Dios, sin Jesucristo, sin la Iglesia; el mundo emancipado del cristianismo y de su influencia cultural. Por adorar este ídolo hay gente capaz de sacrificarlo todo, en primer lugar, la verdad. Aquí se levantaría la voz del querido Cardenal para reprochar su conducta a los que toleran por "imperdonable negligencia o apatía", que se le robe el alma a Chile.

Pero la vigencia de la reflexión de don Raúl abarca **también otro ámbito**. Él hablaba del primado de la fe sobre todas las formas de idolatrías. Hoy agregaría: **el primado de la fe sobre todas las formas de falsedad y mentira**, que muchas veces esconden nuevas idolatrías.

Reflexionábamos sobre el profundo cambio que ha falseado la noción de libertad. Ya ha ganado un amplio espacio entre nosotros. Esta noción es validada por innumerables jóvenes, cuando ejercen su libertad cayendo en el alcoholismo y la drogadicción, es decir, apartándose de esa sobriedad que prepara para emprender las grandes causas de Dios y de la humanidad, y optando por la fuga de este mundo y por el placer fácil y pasajero que los destruye. Pero no es éste el único cambio invadente que revoluciona las costumbres de nuestra sociedad. Ni es la única noción que le da las espaldas a nuestra tradición cultural y con ello al alma de nuestra patria.

¿Qué ha pasado entre nosotros con **la noción de matrimonio**? Después de la ley que ha sido aprobada, que permite toda suerte de divorcios, aún el divorcio repudio, y después de la resolución del Ministerio de Salud, que permitió la esterilización y la vasectomía a los jóvenes mayores de 18 años, sin una consulta a su cónyuge, ¿qué queda de la noción de matrimonio? ¿Qué queda de esa hermosa definición del Código Civil, estampada por don Andrés Bello, que describe el matrimonio como "un contrato solemne por el cual un hombre y una mujer se unen actual e indisolublemente, y por toda la vida, con el

⁴ Montes sj., P. Fernando, Discurso en el Cerro Huelén, Santiago 01.04.04.

fin de vivir juntos, de procrear, y de auxiliarse mutuamente"? Se ha aceptado que uno de los cónyuges, por el hecho de dejar la casa, pasado cierto tiempo fuerce así la disolución del matrimonio. ¿Se puede hablar entonces de un contrato solemne e indisoluble para toda la vida? ¿Qué queda de la promesa de fidelidad, si a cada cónyuge le asiste el derecho de dejar su casa y de disolver así su matrimonio? ¿Se prometen los esposos fidelidad, según la nueva ley? Tal vez mientras se sean fieles. ¿Qué queda del fin de procrear, como parte del contrato solemne, si cada parte puede imposibilitar su realización según su propio arbitrio? ¿Qué queda del matrimonio como hontanar de nuestra cultura y pilar de nuestra sociedad, como espacio en el cual crece el "alma de Chile"?

Lo mismo podríamos decir de otro valor esencial del alma de nuestra patria. Nada aprecian más los chilenos que **la familia**. Pero, ¿qué es una familia? Cuando concluyó su trabajo la comisión formada durante el gobierno del Presidente Patricio Aylwin, la "Comisión Nacional de la Familia", para estudiar la realidad de la familia en Chile, sus miembros lograron ponerse de acuerdo en todos los datos estadísticos. Sólo una cosa quedó en la oscuridad. ¿Qué se entiende en Chile por familia? ¿Qué es una familia?

Pero también en el orden de la justicia social se desdibujan y relajan los conceptos. Con frecuencia sólo se habla del cuidado del "capital humano" o del "capital social" -¡terrible expresión que valora al ser humano por su eficacia productiva, como un capital!-, y con ello **se diluye la justicia**. Por otra parte, alejándose de la Doctrina Social de la Iglesia, se insiste con tanta unilateralidad en los derechos propios, que, en aras de la propia autorrealización o de la comodidad, **se olvida el gran deber de respetar los derechos del prójimo**. Este desequilibrio en el respeto a los derechos humanos comienza con la vulneración del primero de todos los derechos: del derecho a la vida del ser más indefenso, de aquel que no ha nacido.

Y podríamos seguir con otros temas que han configurado múltiples expresiones del alma de Chile, entre ellos, **el carácter sagrado de la vida** como don de Dios. Actualmente es alto el número de chilenos favorables al aborto. Crece su aceptación entre los grupos de mayores ingresos. Y llegará el día en que sean favorables a la eutanasia, diciéndose: Si la calidad de vida es tan baja, ¿por qué no ponerle fin? La respuesta más segura es sólo una y proviene de la fe: porque la vida es un don de Dios, permanece en sus manos, y sólo él puede llamarla a la eternidad.

No quisiera callar otro atentado contra el "alma de Chile". Miremos lo que ocurre en varios países europeos. Descendió la natalidad a extremos tales que ya no pueden subsistir sin importar masivamente ciudadanos de otros países y de otras culturas. Estos no logran y a veces no quieren asimilar la cultura del país que los acoge.

Así se gestan culturas paralelas, y se produce la pérdida progresiva de la identidad cultural. Este fenómeno antinatalista, que se ha iniciado en Chile, preocupa poco a quienes deben velar con mayor responsabilidad por el bien común. Por el contrario, de manera progresiva introducen más medios anticonceptivos y abortivos.

No nos engañemos, se **gesta una nueva era de la historia** -por eso hablamos de un cambio de época- en medio de dolores de parto. La revolución cultural que nos impacta es ontológica. Toca el ser mismo de las realidades que son la cuna de la persona humana, y el espacio interior más íntimo de su existencia. Quieren cambiar la relación del ser humano con la vida, la relación entre los sexos, como también la relación del hombre con la naturaleza y con su Dios. Porque a Dios lo presentan no como un ser personal, sino como una *fuerza* inmanente, como un hálito de vida, como el interior de la persona con el cual ella debe identificarse, como la misma persona humana.

¡Con qué fuerza destruyen nuestro patrimonio cultural y los bienes más sagrados de nuestra patria, aquellos proyectos alienantes que rechazan valores que configuran nuestra identidad! ¡Con qué fuerza debilitan y dejan inerte al "alma de Chile"! Por eso emerge con mucha fuerza ese tercer primado que consignaba en horas difíciles para la patria nuestro Cardenal: el primado de la fe sobre toda forma de idolatría, ya que la modernidad alza dogmas, verdaderos ídolos, que no son sino grandes errores que destruyen el alma de nuestra patria, y cortan los caminos hacia una sociedad rica en humanidad. No será tal una sociedad en la cual abundan los abortos, los divorcios y las eutanasias, y en la cual disminuyen los niños y además las familias que son santuarios de la vida, de la confianza, de la fe, de la alegría y la fidelidad.

El primado de la fe se convierte en medio de este desconcierto en **una vía necesaria** para recorrer los caminos de felicidad que nos ofrece el Creador. Moisés nos haría entrega, en esta hora crucial, de su testamento espiritual, colmado de experiencia y sabiduría. En él exhorta al Pueblo de Dios con estas palabras: "Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yavé tú Dios que yo te prescribo hoy, si amas a Yavé tú Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, sus preceptos y sus normas, vivirás y te multiplicarás; Yavé tu Dios te bendecirá en la tierra que vas a entrar a poseer. Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar a postrarte ante otros dioses y a darles culto, yo os declaro hoy que pereceréis sin remedio y que no viviréis muchos días en el suelo en cuya posesión vas a entrar al pasar el Jordán... escoge, pues, la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando a Yavé tu Dios, escuchando su voz, uniéndote a él". (Dt. 30,15-20)

En la incertidumbre y la confusión que rodean a esta lucha espiritual, recurramos a nuestra fe y **acerquémonos a la Palabra de Dios para consultarlo a Él**, y saber lo que es verdadero y lo que es falso, reconocer los caminos que conducen a la vida y aquellos que arrastran a la desgracia, valorar su voluntad de Creador y Padre nuestro, inserta en la naturaleza de las cosas o enseñada por Jesucristo, para adherir a sus proyectos, tal como fueron establecidos por su sabiduría y su amor. En el Magisterio de la Iglesia -sobre todo en el Concilio Vaticano II, en el Magisterio de Juan Pablo II, y en los documentos de Medellín, de Puebla y de Santo Domingo, como también en los de nuestra Conferencia Episcopal- encontramos las verdades que han dado alegría, vida y fecundidad al alma de nuestra patria a lo largo de estos casi dos siglos de historia soberana.

No es el caso ni el momento de recoger todas las implicancias para el alma de Chile de la cultura emergente. Ése debe ser el fruto de un diálogo muy amplio en el país en que nadie puede disponer de esta alma colectiva, formada con el aporte de las generaciones anteriores. Sin embargo, es propio del pastor esbozar ciertos temas en que se juega el alma y el futuro de nuestra convivencia, más que en otras esferas de la vida. A ellos me he referido en los Mensajes de Fiestas Patrias.